

## CAPITULO IX.

Alonso Alvarez y el dramático Juan de la Cueva.—Aficiones distintas en Alarcon y Cervántes.—Este deja para siempre á Sevilla.

1607

Aquel bienestar del forastero pasante vino á interrumpirse á deshora por un suceso que llenó, y con razon, de luto y amargura al gremio de los poetas.

Vivia en la collacion de San Vicente un mozo inquieto, de muy lucido ingenio, que decian Alonso Alvarez de Soria, hijo de un jurado del mismo nombre. Chusco, burlon y maleante, gustándole el trato y sociedad de la gente apicarada y rufianesca, habia hecho costumbre del gracejar, envalentonándose y creyéndose persona con los aplausos y carejadas de la turbamulta de ociosos en tertulias y corrillos. Para extremar las burlas y darles mayor escozor, inventó una

jamás oída manera de versos, los de cabo roto, hecha observacion de que los brabucones y ternejales de Triana solian comerse las últimas sílabas de un período para hacer más huecas é imponentes sus baladronadas y fanfarronerías. Parodiando, pues, esta genialidad, añadió una nueva y extravagante cuerda á la lira de Apolo, que no se desdenaron de puntear ni el inmortal fantaseador de las décimas de *Urganda la Desconocida*, ni su émulo voluntario Lope de Vega, ni el leonés, religioso dominico, fray Andrés Perez,

El autor de *La Pícara Justina*,  
Capellan lego del contrario bando.

En 1603, y en una décima de cabo roto, que fué lo primero que hizo en este nuevo género de poesía, ridiculizó Alonso Alvarez el haber sometido Lope de Vega su libro de *El Peregrino* á la censura de D. Juan de Arguijo, buscando mentidos y forzados elogios, que no advertencia ni enseñanza.

Como á 25 de Setiembre de 1604 hubiesen disparado un pistoletazo en Madrid á D. Rodrigo Calderon, que juntamente con D. Pedro Franqueza y Alonso Ramirez de Prado hacia tráfico infame de los destinos públicos, y Prado y Franqueza fuesen reducidos á prision en Diciembre

Don Juan Ruiz de Alarcon.—9

de 1606 y Enero de 1607, conservándose Calderon en el valimiento, Alonso Alvarez no se pudo contener; y le envió anónima una copla de su metro favorito de cabo roto, aconsejándole que echase la barba en remojo y se dispusiera para un trágico fin. ¡Qué ajeno estaba el aconsejante de que le precedería en muerte ignominiosa, y muy pronto!

Andaba por las calles de Sevilla un pobre pidiendo limosna para San Zoilo, abogado de los riñones: habíale puesto un sucio mote los chicos; él se corria y les tiraba piedras; arreciaban, y se enfurecia; la gente le aplacaba con darle alguna limosna; recibiala sosegado, ponía la imagen del santo en el suelo, comenzaba á dar vueltas y bailar alrededor de ella, y se paraba un poco, diciendo: «Yo me llamo Joan Ajenjos, natural de Córdoba, y no el mal nombre que decís.» (77)

Pues Alonso Alvarez tuvo la fatal ocurrencia de poner ese propio mal nombre nada ménos que al Asistente de Sevilla D. Bernardino de Avellaneda, señor del Castrillo. Cunde entre el vulgo; sábelo el Asistente, y jura que se lo ha de pagar. De él no aparta la vista; le sigue á todas partes, buscando un pretexto para perderle; hállale bien ligero; promueve con el mancebo un altercado, le saca de Santa Ana, en donde habia tomado iglesia; enciérrale en un calabozo, y dándole tres

horas para encomendarse á Dios, le cuelga de la horea.

En vano fué que en la capilla escribiese Alvarez aquellos cristianos y excelentes versos que terminan:

Muera el cuerpo que pecó,  
Pues bien la pena merece;  
Y parta el alma inmortal  
A vivir eternamente. (78)

En vano se apresuraron todos los poetas á pedir gracia para él, llevando la voz el noble caballero, el anciano y famosísimo dramático Juan de la Cueva, tan querido, tan respetado en Sevilla, y dando al Asistente por memorial aquel soneto, ménos bueno que bien intencionado:

No des al fébeo Alvarez la muerte,  
¡Oh gran don Bernardino! así te veas  
Conseguir todo aquello que deseas  
En aumento y mejora de tu suerte.

El crüel ódio en piedad convierte,  
Qu'en usar del tu calidad afeas:  
Cierra el oido, ciérrale, no creas  
Al vano adulador que te divierte.

De ese que tienes preso, el dios Apolo  
Es su jüez, no sufragáneo tuyo;  
Ponlo en su libertad, dalo á su foro;

Que de havello así, de polo á polo  
Irá tu insigne nombre, y en el suyo  
Hispalis te pondrá una estatua de oro. (79)

La vanidad no cede, la soberbia no oye, el envidioso resentimiento no perdona; la dureza de corazon en entendimiento mezquino es tiránica siempre. Alvarez pereció en público y afrentoso cadalso. (80)

Ya desde aquel dia hallaba RUIZ DE ALARCON ménos alegre el cielo sevillano. Sintió más vivo el recuerdo de la patria; parecióronle más eficaces las instancias de su familia para volver á México y tomar en su real universidad el título de licenciado. No gozaba, cual su maestro Miguel de Cervántes, con el estudio y observación continuos de las genialidades, gustos y costumbres de la plebe; y satisfecha la curiosidad del momento, esquivó apacentar la escudriñadora mirada en los Rinconetes y Cortadillos, los Andrés Caballero y las Preciosas, en los Tomás Rodaja y los Loaysas, en las Torralbas y los Carriazos.

Pláciale, en sus humos aristocráticos, como á buen indiano y linajudo, la gente de carroza y caballos de ruar, su conversacion sentenciosa, atildada y meliflua, su artificioso porte, su voz grave y reposada, y sus fútiles pasatiempos. (81) Nunca le pareció tan bien humilde choza ó desvencijada casilla, albergue de la santa pobreza, como soberbio palacio en jaspes sustentado, vestidos sus salones con tapices flamencos, y orna-

das las galerías con cien retratos de familia, ya de héroes en Córdoba, Sevilla y Granada, ya de vireyes en Cataluña y Valencia, en Italia y el Nuevo Mundo.

Entónces reparó en que la ambicion, alentada por el favoritismo y venalidad de los ministros de Felipe III, tan distintos de los del anterior reinado, iba llevándose á la corte á galope la nobleza en busca de pingües gobiernos, plazas en los Consejos, productivas mercedes y grandes ayudas de costa. Notó asimismo que numerosas familias ilustres, que tenian pleitos en la chancillería de Granada, se avecindaban en aquella ciudad, por lo sano de su clima, encantado cielo y amenísimos jardines. Vió, en fin, que los más poderosos é independientes magnates pasaban casi todo el año en las suntuosas casas fuertes y lugares de su señorío. Quedaba, pues, Sevilla, para aburrimento de ALARCON, entregada casi á merced de sórdidos mercaderes, al prosaismo interesable de los negocios y sin preferido lugar para la hidalguía de la sangre, para la aureola del saber y de la virtud, por ser poca toda consideracion para el dinero. (82)

En tan mala disposicion de ánimo encontró Cervántes al bachiller cuando le iba á decir sus propósitos de abandonar á Andalucia.

Paréceme oírle encarecer á su jóven amigo el

sentimiento con que dejaba, quizá para siempre, aquella ciudad, donde tantas veces tomó puerto en la deshecha borrasca de su fortuna. Sevilla era á sus ojos amparo de pobres y refugio de desdichados, en cuya grandeza no solo caben los pequeños, pero no se echan de ver los grandes. Allí, desde hacia veinte años y por largas temporadas, halló descanso á continuas y fatigosas peregrinaciones, en el amor de una hija dócil y buena, de una esposa excelente, de una hermana y sobrina cariñosas, desviviéndose todas por aumentar los recursos para la comun subsistencia con las honradas labores de sus manos. (83)

¡Cuán deleitable el hogar sevillano, transformado en paraíso por el cariño de aquellas cuatro angelicales mujeres! ¡Cuán á gusto se encontraba allí, como en un cielo, desde 1587 á 1598, el insigne Comisario Real encargado por S. M. de la recaudacion de tributos, de acopiar víveres para la armada, ó de más importantes asuntos, cuando regresaba de nuestras fortalezas de Africa, ó de haber recorrido las abrasadoras campiñas de Écija, las asperezas de Ronda, Teba y Ardales; los fértiles campos de Aguilar y Monturque; las florecientes villas del reino de Jaen y las ménos predilectas de Céres en el territorio de Guadiz y Baza; ó las tendidas vegas del divino Genil, juntamente con las agrias y pintorescas marinas

de la Alpujarra; ó todos los pueblos doce leguas á la redonda de Sevilla! ¡Y qué de ánimos y consuelos al volver atropelladísimo de rendir cuentas en la corte; ó salir de las cárceles de Castro-l'-rio y Sevilla, preso por ajena culpa ambas veces, y por igual no deshonroso motivo que un Mateo Aleman y un D. Diego Hurtado de Mendoza! ¡Cuán dulce, en fin, aquella tranquila y olvidada casilla, donde escribió muchos de sus dramas, casi todas sus novelas ejemplares, y donde, sintiendo placer indecible, tuvo sus primeros coloquios chistosísimos con el gran *Don Quijote de la Mancha!* (84)

Ya en otra ocasion, como la presente, habia tenido Cervántes que alejarse de las encantadas riberas del Guadalquivir, cuando, renovado el personal de la pública administracion, se dieron las comisiones reales á entremetidos y sin méritos; y el soldado de Lepanto conoció no poder vivir con el corto prenuio de las agencias que de sus negocios allí le encomendaban personas calificadas é ilustres, como D. Hernando de Toledo, señor de Cigales. (85)

Traiale, pues, harto imaginativo la próxima y forzosa mudanza de vida en Castilla la Nueva, con el temor de inesperadas amarguras, porque la desgracia persigue siempre al buen ingenio. Y entristeciase al recordar las que le acosaron

durante los tres años de su permanencia en la corte de Valladolid, desde principios de 1603 al otoño de 1605: ahora las falaces y eternas esperanzas cortesanas; ahora el incesante buscar sin fruto la honrada ocupacion y trabajo; ya la vileza de la necesidad, el deshacerse de las pocas joyas y necesarios vestidos; el tener para hoy, mas no para mañana; el pedir, el ver quitarse la vida en la casi improductiva faena de labrar y coser de dia y de noche las prendas mas queridas del corazon. Pero, sobre todo, le alborotaba el recelo de algun no previsto caso, como el que dos años ántes, en el de 1603, le hizo abandonar con horror las márgenes del Pisuerga. Y á fe que no era de olvidar tan pronto la maldad de aquel juez vividor, ó débil é ignorante, quien, para poner á salvo la honra de cierto escribano, marido celoso que en improviso desafío mata ó hace matar á principal caballero, galan de su hermosa mujer, no discurre otro arbitrio que el de encauzar los procedimientos de suerte que, por la circunstancia de haberse dado socorro al herido en la casa donde Cervántes habitaba, su hija y sobrina, solteras y muy virtuosas, llevadas á la cárcel pública, viniesen para el crédulo vulgo á ser tenidas como blanco del trágico galanteo.

Si en la despedida á que asistimos no habia

para qué hacer confianza, ni ménos misterio, con ALARCON de suceso tan desagradable, hoy puesto en su verdadero punto y exacta y delicadamente historiado por mi docto amigo el Sr. D. Gerónimo Morán, (86) bien podia Cervántes, sencillo y comunicativo de suyo, dar rienda á los varios afectos que entónces le combatian. ¿Por qué ocultar que perdida ya toda esperanza de subsistir en Sevilla con decoro, levantaba la casa, resignado á volver á su antigua ociosidad de Esquivias, en el reino de Toledo, patria de su mujer, y en donde á ésta le quedaban algunos terrones? (87) ¿Por qué no significar á su camarada el propósito de dirigir en Madrid nueva y esmerada impresion de *El Ingenioso Hidalgo?* (88) Lo que de seguro debió callarle su discrecion y su ánimo generoso, fué el desasosiego de si con esta reimpression volvria á ladrar alevosamente la envidia de portentoso ingenio, el cual no tenia que envidiar nada á nadie, aunque sí la baja flaqueza de padecer con los aplausos ajenos; aplausos, que para mortificacion y castigo del envidioso, resonaron por el mundo y durarán aun cuando deje de existir la castellana lengua. (89) Pero lo que más empeñaba á Cervántes en el viaje de Madrid, era poner á prueba los bizarros ofrecimientos de Diego Gómez de Sandoval, conde de Saldaña, hijo segundo del favorito del Monarca y mancebo á quien

habia cobrado aficion en Valladolid, por su mucha travesura y valentía.

¡Oh genio de Saldaña,  
Honra y amparo dulce de mi pluma!

Tal vez hirió en mis ojos  
La lumbré de tu rostro, afectos tiernos  
Te rendí por despojos;  
Ojalá pueda en mármoles eternos  
Tallar nuestros trasuntos:  
Vivirán Curcio y su Alejandro juntos.

*Sombra y amor me ofreces;*  
Y aunque en fe dello aquesta humilde yedra,  
Al paso que tú creces,  
En esperanzas y verdores medra,  
Antes que rama abrace,  
El pié besa del tronco donde nace.

---

## CAPITULO X.

Vuelta de Alarcon á México.—Va en su compañía  
Mateo Aleman.

1608

Con la partida de su maestro no veía RUIZ DE ALARCON la hora de embarcarse para América. Buscó la certificacion de sus grados salamanquinos, que en virtud de poder habia solicitado y conseguido se le librase en la ciudad del Tórmes, á 26 de Julio del año pasado de 1606; (91) despidió pedir á la Audiencia testimonio de cómo habia ejercido con crédito la abogacía, y comenzó á impacientarse por las contrariedades que le iban dificultando tomar pronto la vuelta de Nueva España. El hombre pone y Dios dispone.

La armada holandesa, en número de veintiocho velas, mandada por Jacques Hecmskerke, vino á la barra de Gibraltar con designio de que-